

Devocional, domingo 01 de abril del 2018

“Y hallaron removida la piedra del sepulcro; y entrando, no hallaron el cuerpo del Señor Jesús. Aconteció que estando ellas perplejas por esto, he aquí se pararon junto a ellas dos varones con vestiduras resplandecientes; y como tuvieron temor, y bajaron el rostro a tierra, les dijeron: ¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí, sino que ha resucitado.” (Lucas 24: 2 – 6)

Cada Semana Santa recordamos que hace más de 2000 mil años, Jesucristo vino a la tierra para ofrecer el plan de salvación de Dios a la humanidad que se encontraba sumergida en el pecado y totalmente apartada de Él.

Cristo el Salvador, en un pesebre, junto a animales y en total humildad nació por obra y gracia del Espíritu Santo de una manera sobrenatural y extraordinaria, para ser el Redentor del mundo. Quien imaginaría, que aquel hombre justo, sin pecado alguno, el cordero de Dios, aun siendo hombre como tú y como yo, venía a la tierra a rescatar lo que se había perdido, a rescatar lo más hermoso creado por Dios: **¡LA HUMANIDAD!**

Durante el tiempo en que vivió en la tierra, experimentó el nacimiento, la niñez, la adolescencia y cada etapa del desarrollo humano para luego de ser bautizado comenzar su ministerio, haciendo milagros, sanando enfermos, resucitando muertos y predicando las buenas nuevas de salvación a la humanidad. Su propia vida se transformó en el camino para llegar a tener una comunión directa con Dios.

Amados hermanos y hermanas, hoy podemos recordar y darnos cuenta del sacrificio que solo el Hijo de Dios pudo hacer por nosotros, soportando el sufrimiento de ser azotado, escupido, maltratado y, finalmente, crucificado como el peor de los delincuentes existentes en aquel tiempo. Sacrificio que hizo para que hoy, tú y yo, podamos tener vida eterna, además de una relación personal con Dios, y conocer sus maravillas, lo mucho que nos ama, lo mucho que desea que le conozcamos, y que estemos en su presencia haciendo voluntad.

Les invitamos a reflexionar por un momento, recordando que solo Cristo pudo morir por nosotros. Solo Cristo pudo llevar nuestros pecados en esa cruz y darnos hoy la salvación que nadie más podía. Reconozcamos en este momento que es nuestro Creador, nuestro Salvador y que vive en nuestro corazón.

Sí, vive en nuestro corazón porque resucitó... ni la muerte ni el pecado pudieron con Él. Y su resurrección le da sentido a su muerte, y propósito y esperanza a nuestra vida.

Por ello es que solo en Él hay salvación. Como lo predicó la Iglesia primitiva, ***“...en ningún otro hay salvación, porque no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres mediante el cual podamos ser salvos”*** (Hechos 4. 12).

Iglesia Alianza Cordillera